

Academia Provincial de Cultura Santa Fe

28 de febrero de 1955

El Presidente

Queridísimo Luis León:

Acabo de recibir tu carta del 16 informándome de los últimos momentos de nuestro inolvidable artista y amigo Miguel Carlos Victorica.

Entre todas tus epístolas está quedará como la más estremecida de tristeza ante lo irreparable y la más iluminada por la fe y la esperanza en la inmortalidad. Porque inmortal es ahora nuestro querido maestro. Despojado de todos lastre material, de todas las pasiones y de todas las servidumbres, es el espíritu puro, el arcángel, el iluminado que se nos aparecía en relámpagos fugaces de arte, de revelación sublime y de aguda inteligencia en medio de su vida desaparrada, terriblemente irredenta y siempre dislocada y paradojal entre su auténtico señorío y su inequívoca propensión a la picaresca.

Supe tarde la noticia. Estaba ausente, como tú suponías. Acabo de regresar a Santa Fe y recién empiezo enterarme de las cosas. Claro está que la muerte de Victorica la supe 2 o 3 días después de ocurrida y por cierto que la asocié en seguida a tu recuerdo. Yo sé cuánto le querías tú a él, y cuánto te admiraba y te quería él. Tú eras su antípoda. Me refiero en cuanto se entiende por la pulcritud, la sobriedad y el "savoir vivre". El admiraba todas esas condiciones, de las cuales él se sabía auténtico poseedor, pero que quedaban tapadas y abrumadas bajo el peso de su incoercible indolencia social. Era eso: un indolente social. Había sido más fuerte que su voluntad _ que nunca tuvo _ el medio en que vivió lo ahogó y lo arrastró el légamo y el barro de ese medio en que vivió. El barrio, qué tan hermosamente pintó en sus cuadros, no lo merecía. Lo dismanteló de su añeja solera, lo despojo exteriormente de su innata aristocracia, le puso en ridículo su origen superior en la sangre y en el espíritu que le convertían en un vergonzante intruso entre aquella gentuza y le rodeo de las peores ratas y la familiaridades más inverosímiles con quienes no se sabía cómo podía entenderse un alma angélica como la suya. Todo eso fue la fuerza de la inercia. No supo resistirse al impulso y al arrastre de la **sentina** y del conventillo. Era un lírico, un soñador.

No tenía fuerza. Se dejaba llevar. Por eso digo que si hubiera hallado otro barrio para instalarse cuando volvió de Europa, otra cosa hubiese sido la vida de Miguel Carlos Victorica, maestro querido y llorado Victorica.

La Argentina ha perdido una figura prócer en el arte. Porque Victorica será una piedra miliar en el camino de nuestra educación artística. Se hablará de

una época que se resume en su pintura, como se habla de las grandes etapas de la cultura universal por otros nombres propios que las representan.

Supuse que estarías a su lado en el trance supremo, y no me equivocaba. De todos los que me citas y que igualmente estaban, yo sé quién era el que él prefería. Siempre te quiso, cómo te lo digo más arriba, y siempre te admiró. ¡Cuántas veces me lo dijo a mí ya fuera en Santa Fe cuando te veía trajinar entusiasmado por las salas del Museo, admirando las obras de los artistas, o cuando lo visitaba en su taller y recaía la conversación sobre vos, cómo era inevitable! Apenas te alejabas un poco y quedábamos solos los dos él tenía siempre una reflexión que traducía su admiración por tu gentil hombría y un poco de tristeza y remordimiento por todo lo que vos le evocabas y él había perdido. Vos eras su Leoncito, y así te quería y te recordaba siempre.

Por supuesto que a mí me cabe, también, una gran pena. He perdido un amigo y un maestro de desinterés y de amor por las cosas sublimes del arte y de la vida. No tuve con él la intimidad que tuviste vos. Pero nos unió un largo conocimiento y un mutuo y cariñoso respeto. Yo le preparaba el gran homenaje que se merecía. Y en ese homenaje ibas involucrado vos; porque vos fuiste quién por primera vez lo trajo a Santa Fe y lo vínculo a esta tierra con el profundo amor por ella que vos le contagiaste. Toda esa trayectoria de creciente entusiasmo por nuestra ciudad que se reflejó en una etapa de su vida y hasta de su pintura, te lo debemos a vos.

Por supuesto que sí la suerte me lo permite, haré esa exposición de homenaje a Victorica en el museo de Santa Fe, que tanto le debe. Y lo haré con tu asesoramiento y tu presencia. Te felicito por tu magnífico gesto de donar mi autorretrato _ magnífica pieza _ al Museo Nacional de Bellas Artes. El director no pudo con su genio burocrático: presente una nota... Pero por lo menos lo mandó retirar de tu casa. Tuvo ese coraje esta vez.

Bueno, querido Luis León. Te agradezco el recuerdo que tuviste de mí en el trance qué tanto nos aflige, y las flores mustias de la corona del gran artista que me envías. A mi vez te expreso mi solidaridad en el gran dolor que te aflige, porque yo sé cuánto habrás llorado la partida definitiva de tu gran amigo, de ese gran amigo tuyo que fue tu gran preocupación y tu gran devoción. Tuyo affo.

H. Caillet